

acercas de su carta, cuyos términos parece que mandó modificar.

Entonces se dió permiso á Juan para que se presentase á la audiencia, y pretendieron de él que se pusiese un vestido magnífico para comparecer ante el soberano, segun la costumbre de la nacion; pero Juan contestó: «un pobre de Jesucristo no tiene vestidos que mudarse.» Habiendo sabido Abderraman esta respuesta, le envió diez libras de plata para que se equipase; pero Juan las distribuyó á los pobres y declaró que por ningun título dejaría el hábito de su profesion; lo que sabido tambien por el rey: «me agrada, dijo, la firmeza y teson de ese monge: venga, aunque sea vestido de un saeo, que por eso no tendré menos gusto en verle.» Luego que fué admitido á la presencia del rey, el cual estaba solo en su cuarto sentado en una rica alfombra, le dió el sarraceno la mano para que se la besase por la parte interior, lo que, en el concepto de aquellos principes, era la mayor distincion que podian conceder; y despues hizo que se sentase en una silla que habia mandado llevar allí para este efecto. Inmediatamente que cumplió Juan su comision con una libertad que acabó de cautivar el afecto del sarraceno, le pidió su permiso para retirarse. Sorprendido Abderraman, le replicó con semblante risueño, y gracioso, que despues de haberle esperado tanto tiempo no era regular separarse tan pronto. En otra audiencia que le dió le habló del rey Oton en términos muy honoríficos, discurrió con mucha estension acerca de su poder y gobierno, y dió pruebas de su prudencia vituperando la autoridad que se concedía á los grandes de Germania. Aquí acaba la relacion de Juan, abad de San Arnulfo ó Arnolfo de Metz, único autor contemporáneo de la vida de su maestro San Juan de Gorza. Sabemos por otra parte que el bienaventurado Juan de Gorza

sucedió en el año 960 á Aginoldo, primer abad de este monasterio despues de su restauracion, y que murió siendo superior de él en el año 975, habiendo estado detenido en España mas de dos años.

Las santas instituciones de Gorza pasaron á Gemblours, cerca de Namur, y á San Miguel de Tierache, por medio de San Guiberto y San Maccalano, que habian profesado la vida cenobítica en esta comunidad fervorosa. Guiberto convirtió su casa de Gemblours en un monasterio, y puso en él por abad á otro monge de Gorza llamado Erluino (920). Maccalano, natural de Irlanda, estableció el monasterio de San Miguel con los auxilios que para ello le suministró una señora virtuosa llamada Hórsenda. San Kadroe, su compatriota y compañero hizo que se adoptase en Vassor la regla de Cluny, que habia profesado él en el monasterio de Fleury del Loira (1). Las virtudes de que dió brillantes pruebas en esta primera abadía, movieron despues al obispo Adalberon á confiarle la de San Clemente de Metz, viendo lo inútiles que habian sido las muchas tentativas que el mismo obispo habia hecho para corregir la vida mas que relajada de los canónigos que habitaban en ella. Tales fueron los principios del fervor que se reanimó entonces en otros muchos monasterios.

Hubo por este mismo tiempo varios obispos dignos de los mejores siglos de la Iglesia. San Udalrico (2), llamado vulgarmente Ulrico, fué colocado en el año 925 en la silla de Augsburgo, ya por consideracion á su familia, una de las mas ilustres de Alemania, de donde era duque su hermano Buchardo, ya tambien y mucho mas por la ciencia y virtud que habia adquirido en San Galo, donde fué educado.

(1) Vit. S. Kadr. ap. Bolland. de 6. Mar.  
(2) Saec. V. Bened. p. 415. col. 3. 1. b. 2.

Debió particulares favores á Santa Viborada, que era una de las reclusas de aquel pais, y de la que iba frecuentemente á recibir instrucciones, de modo que la miró toda su vida como segunda madre y solia llamarla directora de su espíritu y tutora de su inocencia. Luego que se le confirió el obispado, miró esta dignidad como una obligacion mas estrecha de dar á su pueblo ejemplos de piedad y de todas las virtudes: y así cantaba todos los dias las horas canónicas con su clero, y además el oficio parvo, el de la cruz y parte del de todos los santos; rezaba diariamente el salterio en cuanto se lo permitian sus ocupaciones; celebraba misa todos los dias, y cuando tenia tiempo ofrecia el santo sacrificio dos ó tres veces, segun la devocion practicada en aquellos tiempos; no comia de carne; tampoco gastaba camisa ni ninguna otra ropa blanca; dormia encima de una estera, y observaba todas las prácticas monásticas que eran compatibles con la dignidad episcopal. Los primeros platos que se ponian en su mesa, que no se resentia de su austeridad personal, eran casi todos para los pobres, sin contar los enfermos á quienes daba de comer todos los dias en su presencia. Administraba con el mismo celo el pasto del alma, cuidaba particularmente de la instruccion de su clero; oía con bondad las quejas de su pueblo, y aun las de los siervos, y era el árbitro de sus desavenencias. Celebraba anualmente dos sinodos segun la regla, y visitaba su diócesis en un carro tirado por bueyes, para cantar con quietud los salmos en compañía de un capellan, al abrigo del numeroso gentío que le seguia por respeto. En estas visitas predicaba, examinaba á los eclesiásticos, se hacia cargo de los asuntos que ocurrían, decidia las causas de agravios, administraba el sacramento de la confirmacion, y solia continuar este trabajo hasta muy entrada la no-

che para que nadie se retirase quejoso.

El año 955 inundaron los húngaros la Alemania con un ejército innumerable, y asolaron todas las provincias que hay desde el Danubio hasta la Selva Negra. Pusieron sitio á Augsburgo, cuyas murallas, además de ser muy bajas, no estaban defendidas con almenas, y aunque los vasallos del santo obispo le habian llevado unas tropas bastante buenas, su fuerza principal consistió visiblemente en la virtud del prelado (1). Combatieron con feliz suceso delante de una puerta de la ciudad estando con ellas su pastor, el cual sin vestirse de la cota como muchos obispos de su tiempo, y sin mas armas que su estola y su confianza en el Dios de los ejércitos, se mantuvo espuesto á un diluvio de flechas, las cuales no le hicieron el mas leve daño. Habiéndose interrumpido el combate por ser ya de noche, dió sus órdenes á los combatientes para la seguridad de la plaza interin amanecía, y despues hizo dos divisiones de las mugeres piadosas, una para que recorriese la ciudad por la parte interior implorando en alta voz el auxilio del Señor, y otra para que postrada en la iglesia dirigiese sus preces á la Virgen. Hizo tambien que llevasen todos los niños, y los pusiesen en el suelo delante de los altares, para que con sus gritos inocentes orasen á su modo, mientras que postrado el mismo delante de ellos suplicaba al Eterno que volviese los ojos hacia aquellas victimas puras que estaban todavía teñidas con la sangre de Jesucristo, la cual no habian borrado despues de su bautismo, y que apartase de ellos los golpes de su ira supuesto que no los merecian. Celebró el Santo sacrificio de la misa al rayar el alba, dió la comunión á todos los concurrentes, y los exhortó á que solo pusiesen su confianza en Dios; confianza que no salió frus-

(1) Saec. V. Bened. pag. 436.

trada. Disponiéndose los húngaros á dar el asalto luego que fué de día, se supo que el rey Oton llegaba con tropas para socorrer á la ciudad. El santo obispo salió con muchos hombres esforzados á buscar este guerrero cristiano, el cual para prepararse al combate oyó misa, comulgó de mano del Santo, que era su confesor, é hizo voto de erigir un obispado en Mersburgo si le concedia Dios la victoria. En efecto, el día 10 de agosto de 955 consiguió la victoria mas completa que hasta entonces se habia conseguido contra aquellos terribles infieles, y cumpliendo su promesa en el año 962 convirtió en obispado el monasterio de Mersburgo.

Atton, francés de origen, que vivia en tiempo de San Udalrico, á quien el rey Lotario habia colocado en la Silla de Verceill desde el año 945 y héchole uno de sus consejeros, ha dejado muchos escritos que pintan bien los desórdenes de su época. Cuando despues de la muerte de Lotario tomó Berengario, marqués de Ivrea, el título de rey de Italia (950), sus vejaciones le hicieron tan odioso que temió una revolucion, y para prevenirla exigió que los obispos le enviasen rehenes. Atton entonces, escribiendo sobre este particular á sus colegas que no podian reunirse libremente les dice: «Si tales garantías pueden pedirse, es á los que no tienen temor de Dios; un hombre prudente y cristiano no hará por rehenes lo que no le impidiesen hacer el temor de Dios y el interés de su eternidad. Nosotros debemos fidelidad á los reyes que son nuestros soberanos; pero no les debemos servir de otro modo que nuestros predecesores; si nos es posible añadir algo no puede ser sino por algun gran motivo de utilidad pública, por la autoridad del Papa y el consejo de los mas sábios obispos.» El mismo autor, en su tratado de *Los Padecimientos de la Iglesia* (1), prueba que los

(1) *De pressuris ecclesiasticis*; Spicil. t. 8.

obispos no deben tener por acusadores ó por testigos sino á personas intachables; por jueces, los que ellos mismos hayan escojido; y que además solo por el Papa pueden ser definitivamente condenados, aun cuando el Concilio de la provincia pueda instruirles el proceso. Los eclesiásticos deben ser juzgados segun los cánones y por medio de los obispos, sin que, á no ser á ruego de estos, puedan mezclarse en ello los legos. «Pero ahora, dice Atton, ahora (en tiempo del tirano Berengario) la potestad secular oprime muchas veces á la autoridad de la Iglesia; y de aqui resulta que, por el defecto de ser malos los jueces, ni el crimen hace perder la dignidad eclesiástica, ni esta dignidad pone á cubierto de la acusacion.» En la segunda parte de dicho Tratado declara que las ordenaciones de los obispos que se verifican segun los cánones deben ser consideradas como venidas del mismo Dios. «Pero, añade, los príncipes poco religiosos, menospreciando estas reglas, quieren que solo se siga su voluntad y sus caprichos y llevan á mal que un obispo sea elegido por otros que no sean ellos, cualquiera que sea su mérito; ó que se deseché al que ellos han elegido, cualquiera que sea su indignidad. En nada tienen la ciencia y la virtud y solo atienden á las riquezas, al parentesco ó á los servicios; bátales cualquiera de estas cualidades. Si no venden por dinero los obispados, los dan á sus parientes ó á los que les hacen la corte. Otros son tan ciegos que elevan al obispado unos niños y constituyen jueces y doctores á los que todavía necesitaban ir á la escuela á aprender los primeros rudimentos. Asi estos obispos, ordenados contra lo que previenen los cánones, son acusados sin respeto, oprimidos sin justicia, espulsados con violencia, y á las veces hasta condenados con crueldad á muerte.» No es pues de estrañar que con tales prelados fuese asombrosa la relajacion en to-

das las clases de la sociedad. Atton escribió tambien contra la incontinencia de los clérigos.

En el año anterior al en que Othon batió tan gloriosamente á los infieles, habia hecho erigir en metrópoli el monasterio de Magdeburgo, fundado por el mismo Othon cuatro años antes. Como esta plaza, situada en Sajonia á las orillas del Elba, estaba inmediata á la nacion de los esclavones sojuzgados por las armas de Othon, y reducidos casi todos al yugo de la fé, se estableció en ella un arzobispo con facultad para nombrar y poner obispos en los lugares convenientes, luego que los demás esclavones hubiesen abrazado el cristianismo; y se edificaron inmediatamente en el pais de estos bárbaros un gran número de iglesias, y aun muchos monasterios asi de hombres como de mugeres, pues nada habia que temer de ellos desde que Othon, despues de una guerra de catorce años, habia sujetado enteramente á Boleslao, duque de los es-

clavones de Bohemia, que era el principal apoyo de la idolatría en toda esta nacion. Sin embargo, habia penetrado en ella el cristianismo en tiempo de Wratislao, padre de Boleslao; pero este, que en nada se parecia á su padre, el cual es reputado por el primer duque cristiano de Bohemia, y mucho menos á su hermano Wenceslao, venerado como santo, no solo fué adorador de los ídolos, sino tambien perseguidor sanguinario de los fieles y verdugo de su santo hermano, á quien por esta razon se le honra como mártir. La rebelion de Boleslao contra el rey Othon, de quien era vasallo, y los escesos de su impiedad, le atrajeron una guerra que al mismo tiempo que abatió su tiranía proporcionó insensiblemente la conversion de todos los esclavones. De este modo, aun en los mas malos tiempos, se convertian en beneficio de la fé cristiana los obstáculos mismos que á su propagacion oponian los hombres.

#### LIBRO VIGÉSIMO-NONO.

Desde el principio del pontificado de Juan XII en el año de 956, hasta la renovacion del cisma de los griegos en el de 995.

El pontificado de Juan XII presenta en verdad una de nuestras épocas mas tristes; pero las brillantes virtudes de una multitud de santos prelados cubren tan ventajosamente la mancha con que pareció eclipsar el esplendor de la Iglesia este primer Pastor, que no tememos proponer la verdad en toda su es-

tension para que pueda ser examinada bajo todos sus aspectos. No importa que observemos á un Pontífice en la edad de la adolescencia abandonado á todas las pasiones y á todos los movimientos impetuosos propios de sus pocos años, y mas militar que eclesiástico, pues en cambio veremos tambien res-